

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO A PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día sétimo.
Y bendijo el día sétimo, y santificólo.

Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.)

De los pródigios.

Si paramos la atención en las costumbres modernas, y queremos averiguar el uso que se hace de los bienes materiales, no será difícil encontrar una multitud de personas que lejos de vivir en el justo medio de la caridad, de la templanza y largueza, hermosas virtudes cuyo oficio es regular y dirigir el uso de la riqueza, se conducen en este asunto de un modo tan irracional y anticristiano que no temen quebrantar el orden moral en sus reglas mas fundamentales, oponiéndose á las virtudes que podian ennoblecer su vida y salvarla, mientras se dejan gobernar por las máximas del mundo que son extravíos funestos, y rinden culto de abominación á los vicios capitales que degradan y envilecen.

Aunque nuestro aserto pudiera tenerse por paradójico, no vacilamos en afirmar que la avaricia y la prodigalidad andan juntas en la sociedad moderna, y juntas se anidan en muchos corazones, y en el seno de las familias reinan como soberanas, realizando trabajos de ruina moral y material que contristan y estremecen.

Ya hemos descrito el desastroso y universal reinado de la avaricia, ese febril y desordenado apetito de bienes materiales que ha invadido los corazones; y como un abismo llama otro abismo, vino á caer en este pecado de la avaricia el mundo moderno porque cayó primero en el vicio de la lujuria. El sensualismo como fin, y la riqueza como medio, auxiliada de la prodigalidad, que tiene por oficio levantar los go-

ces á la altura de las concupiscencias, y darles satisfacci6n y contentamiento.

La sed de riquezas crece á medida que arde en los corazones la sed de placeres. El ánsia de gozar engendra y estimula el afán de tener, y la sensualidad no se satisface sino con el derroche de los bienes que la avaricia reúne sin reparar en los medios. Tal es el desórden genético, obrado por los vicios capitales en la vida individual, en la familia y en la sociedad, natural consecuencia de haber despreciado la ley de Dios y trastornado el órden moral y material, cuya base y fundamento echó Jesucristo cuando dijo: Buscad primeramente el reino de Dios, y los bienes de la tierra se os darán *como añadidura*.

Escuchemos ahora la voz del Evangelio, sublime código de la humanidad, donde tienen sancion soberana y eterna todas las virtudes y todos los vicios. Aquí se condena á eterno castigo el pecado de la prodigalidad lo mismo que el de avaricia, porque uno y otro se oponen á la caridad, que es el resumen de toda la moral cristiana, el compendio de toda la ley, el alma de todas las virtudes, la cúpula divina del maravilloso edificio de la santidad.

Sabiendo Jesucristo cuán fu-

nesta y avasalladora influencia ejercen los bienes terrenos sobre el corazon humano, y tratando de apartar á los hombres de los formidables escollos de la riqueza así como de prevenir con saludables avisos las tentaciones de la sensualidad, decia: No podeis servir á Dios y á Mamón(1). Este es el di6s de las riquezas, no porque él sea dueño de ellas y las distribuya entre los hombres sino porque de ellas se vale para tentarlos y perderlos. En otra ocasi6n se vali6 Jesucristo de una bellísima parábola para condenar la disipaci6n y la prodigalidad, y puso de relieve la miseria y degradaci6n en que vienen á parar los hijos pródigos, los que emplean su dinero en orgásticos placeres, en embriagueces y disoluciones. Consumen todos sus bienes como el hijo pródigo de la parábola viviendo lujuriosamente (2). Conocida es la dureza de corazon, descrita por Jesucristo, y condenada al fuego eterno, dureza acompañada de la prodigalidad, y las dos personificadas en aquel rico que vestia púrpura y lino y pasaba la vida en espléndidos festines (3) mientras el po-

1 Matth. VI,

2 Luc., XV.

3 Ibid., XVI,

bre Lázaro esperaba en vano las sobras para no morir de hambre. A propósito decía San Ambrosio: No peca menos el que gasta malamente sus bienes, dejando sin socorro á los necesitados que el avaro ó ladron, detentador de lo ageno. El pródigo es el ladron de los pobres. Con los placeres de la mesa roba el pan de los hambrientos, con el lujo de los trajes roba el vestido de los desnudos, con el dinero que gasta en espectáculos y diversiones roba la libertad á tantos esclavos de la miseria que piden á voces el precio de su redencion.

Y no vayan á pensar nuestros lectores que la prodigalidad es un vicio exclusivamente propio de los ricos. Los hijos de este siglo todos son pródigos. Hoy se gasta más que lo que se tiene; de aqui esas codicias desenfrenadas y calculadoras que buscan bienes á todo trance para procurarse goces. De aqui esa debilitacion de la inteligencia, ese enervamiento de la voluntad, ese desbordamiento del sensualismo que nos lleva á paso de gigante á los tiempos de la decadencia pagana cuando la vida se cifraba en estas dos palabras: pan y juegos, *panem et circenses*.

Retrato de la Virgen.

¡Qué hermosa es María! Mas grande, mas bello, mas perfecto que ella, solo Dios que es la grandeza infinita, la belleza eterna, y la suma perfeccion. Era María humilde de corazon, y prudente de ánimo, grave en su conversacion, sóbria en el hablar, pudorosa y reservada en sus menores palabras, aplicada á la lectura de los libros santos, atenta á todas sus obras, acostumbrada á buscar la voluntad de Dios, mas bien que la de los hombres, no hiriendo jamás á nadie, queriendo bien á todos, respetando lo que es grande, y sobre todo la santa magestad de los años. Ninguna afectacion en el mirar de sus bellos ojos, nada de ligereza en sus palabras, nada de inconveniente en sus acciones: su gesto, su paso, su voz, todo era armonia, y su cuerpo era tan propia imagen de su alma, que se creeria ver en su persona la encarnacion de la honestidad. Magestuosa y venerable en su andar y en su trato no habia para ella mejor guarda que ella misma, ni se observaba tanto la huella de su pié virginal cuanto el aire de su virtud extraña. Todo lo que ella hacia era la regla misma. Practicar la virtud no era tanto para ella un ejercicio cuanto

una lección que daba al mundo (1).

Hé aquí el retrato de aquella virgen modesta que muy luego sería Madre de Dios sin perder el perfumado lirio de su virginidad. Porque mientras las hijas de Israel ansian el honor de la maternidad con la esperanza de dar á luz el Mesías, ella prefiere ser virgen. Y Dios obra esta maravilla en medio de la tierra porque vió la humildad de María.

Ha llegado la plenitud de los tiempos. El nuevo Adán se dispone á fijar su morada en el nuevo paraíso. El Verbo va á descender del seno de su Padre. Y lo que le mueve á descender al seno de María, lo que le atrae, mas que el perfume de los lirios que exhala su virginidad, mas que los deseos fervientes de su predilecta, es su profunda humildad. María, colmada de tantos dones, parece ignorar su propia perfección. «Virgen Madre, hija de tu Hijo, exclama Dante, mas humilde y mas alta que toda criatura. Ha sonado la hora más célebre de los siglos. El ángel Gabriel enviado por Dios, descende á la tierra y se dirige á una ciudad de Galilea, llamada Nazareth, á una Virgen desposada con un hom-

bre de la casa de David, que se llamaba José, y el nombre de la Virgen, María. Dios te salve, María, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres. Así se anuncia el Ángel con un saludo que expresa toda la verdad de las preparaciones divinas.

Disipados los temores de la purísima doncella, y asegurada por la palabra del embajador celestial acerca de su virginidad, María siempre humilde exclama: Hé aquí la esclava del Señor, hágase en mí según su palabra. Y el verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros. Hemos visto la gloria de Cristo y la gloria de su Madre, llenos de gracia y de verdad. Somos los redimidos con la sangre del Hijo y las lágrimas de la Madre. Venid, y rindamos la inteligencia ante la Cruz de Cristo, que es la verdad, el camino y la vida. Venid, y entreguemos el corazón á la Madre de la nueva humanidad.

Y sobre todo contemplemos con ojos de amor y reverencia el retrato de la Virgen, el mas bello tipo que ha existido jamás, y copiemos sus virtudes en el lienzo de nuestra vida. Que pareciéndonos á la Madre, nos asemejamos al Hijo, y en esta semejanza se cifra nuestra grandeza moral, y

1 S. Ambros. lib. 2, De Virginitibus.

ella es la condicion necesaria para consumir nuestra perfeccion en el cielo, por medio de la union definitiva, perfecta é indisoluble de nuestro sér con Jesucristo, rey de los glorificados como es el padre de los redimidos.

Z. M.

Bello ejemplo de humildad.

Un digno Obispo que murió hace algunos años en Ratisbona, ciudad de Alemania, habia adoptado para sus armas dos alondras con esta divisa: «Dos pájaros por un cuarto.»

Estas extrañas armas habian muchas veces llamado la atencion y excitado la curiosidad. Muchas personas deseaban conocer su origen, con tanto mas motivo, que se contaba generalmente que el mismo Obispo habia escogido esta divisa, y que se relacionaba con alguna circunstancia de su juventud.

Un dia, un amigo íntimo le preguntó su significado, el Obispo le dijo:

—Antes de responderos permitidme contaros una historia bastante corta.

Hace cincuenta años un niño vivía en un pueblecito cerca de Dellengen á las orillas del Danubio. Sus padres eran muy pobres, y en seguida que este niño pudo andar, se le mandó á los bosques á coger algunas ramas secas para calentarse en la casa.

Cuando fué mayor, el pobre niño iba al trabajo. En su camino pasaba muy cerca de las ventanas de la escuela del pueblo; muchas veces estaban abiertas y

veia al maestro instruyendo á un cierto número de niños de su edad. Consideraba á estos niños con envidia; deseaba muchísimo ser de ese número.

Sabia muy bien que era inútil pedirle á su padre el enviarle á la escuela, porque sus padres no tenian dinero para pagar al maestro. Muchas veces pasaba todo el dia reflexionando, cogiendo las vainas de enebro, qué es lo que haria para hacerse agradable al maestro de la escuela, con la esperanza de conseguir algunas lecciones.

Un dia, mientras que iba á sus ocupaciones muy pensativo, vió á dos colegiales que ensayaban hacer una trampa. Les preguntó lo que querian hacer con ella. Uno de ellos le respondió que al maestro le gustaban mucho las alondras y que trataban de hacer esa trampa para cogerlas.

El niño se encantó con esta respuesta, porque recordó que habia visto muchas veces gran cantidad de estos pájaros en los enebros, donde iban en tropel para comer las frutas. No dudó que le seria muy fácil coger algunas.

Al dia siguiente el niño pidió prestado á su madre un canasto, y cuando llegó al bosque logró con gran alegria coger dos alondras. Las puso en el canasto, y despues de haber puesto un pañuelo viejo encima, las llevó á casa del maestro de escuela.

Cerca de la puerta vió á los dos colegiales á quienes habia visto preparar la trampa y les preguntó con alguna inquietud si habian conseguido coger algunos pájaros. Le respondieron que no.

El niño, latándole el corazon de gozo,

solicitó hablar con el maestro. Le contó en algunas palabras que había visto á los dos colegiales preparar una trampa, y que él había podido coger dos alondras y que se las traía al maestro de regalo.

—¡Un regalo, hijo mío!—exclamó el maestro,—pero no me parece que tú puedes hacer regalos. Dime cuanto quieres por ellas, te pagaré en seguida y también te daré las gracias.

—Quisiera mejor regalárselas, si usted quiere aceptarlas—dijo el muchacho.

El maestro de escuela lo consideraba de pié delante de él, con la cabeza descubierta, y los piés desnudos, siendo todo su vestido una mala camisa y un pantalón desgarrado que apenas le cubría la mitad de las piernas.

Eres un muchacho muy extraordinario—le contestó;—pero si no quieres aceptar dinero, es menester que me digas lo que puedo hacer por tí, porque no puedo aceptar tu regalo sin darte alguna cosa. ¿Deseas alguna cosa de mí?

¡Oh! sí—dijo el niño temblando y lleno de alegría con esta respuesta;—puede V. hacer por mí lo que yo mas deseo en el mundo.

—Y bien, ¿qué es eso?—preguntó el maestro.

—Enséñeme V. á leer—dijo el niño poniéndose de rodillas.—¡Oh, buen señor, enséñeme V. á leer!

—Con mucho gusto—contestó el maestro.

Desde este momento el niño vino á casa del maestro todos los días despues de hacer el trabajo que le mandaba su padre. Puso tanto empeño, que aprendió á leer rápidamente. El maestro, maravi-

llado de su aplicacion, lo presentó y recomendó á un hombre rico y generoso que vivia en la vecindad. Este personaje, tan noble de corazon como de nacimiento, le tomó cariño al pobre niño y lo puso en las grandes escuelas de Ratisbona.

El niño continuó trabajando con el mismo celo; aprovechó tan bien las lecciones de sus maestros, que se distinguió en las clases y llegó á ser un profesor bastante célebre.

Se elevó en las dignidades, adquirió honores y riquezas. Su protector habia muerto; pero quiso consagrar el origen de su fortuna y adoptó por armas las dos alondras que habian formado su primer eslabon....

Se paró el Obispo en este pasaje.

—Pero, ¿qué queréis decir con esta historia?—dijo sorprendido el amigo del Obispo.

—Quiero decir—respondió el Obispo sonriendo—que el pobre niño era yo mismo.

(Del Jardín de Nuestra Señora de la Primera Comunión.)

Dar de comer al hambriento.

(Continuacion).

—¿Y dices que esta es la leccion que llevais mañana? insisti.

—Sí, papá, me parece recordar que es esa.

—Léela, á ver.

Los ojos de mi Rafael vagaron indolentes y distraidos por aquellos negros y apiñados caractéres, pero poco á poco, cual si atraídos fuesen por raro magnetismo, fijáronse con ardor y avidéz en

aquellas benditas hojas, benditas sí, y santificadas por el trabajo, primero, del que las tuvo en sus manos, por el noble desprendimiento y generosos sacrificio, después, que hizo pudieran venir á parar á las de mi hijo.

Este, por el extraño y milagroso ascendiente, de aquellos libros conoció el amor al estudio y la noble satisfacción de vencer sus arideces y dificultades; y lo que es más, amó, sin conocerle aunque con la esperanza siempre de buscarle y ser su amigo, al dueño primitivo de sus libros amados, sintiendo una generosa emulación que le hacía avergonzar á la sola idea de presentarse á sus ojos indigno de su amistad y compañerismo.

No queriendo distraerle de sus estudios, de los cuales va saliendo de manera satisfactoria y brillante, habíamos aplazado para las vacaciones buscar á ese querido niño, en cuya amistad fiaba el comportamiento y la felicidad de mi hijo.

Dios mismo nos lo ha enviado hoy. Le juzgábamos rico, le juzgábamos noble; no nos engañábamos. Solo que su riqueza imperecedera y sublime, porque es la riqueza del corazón, no está sujeta á los caprichos y vaivenes de la fortuna. Solo que sus blasones no son los que con más ó menos justicia conquistaron sus antepasados, sino esculpidos en su alma por el divino cincel con que Dios mismo señala á sus elegidos.

Hoy nos ha cabido la satisfacción de conocerle y oírle.

Mi hijo no se ha desdeñado de arrojarse, llorando, en brazos del pobre aprendiz de carpintero, y yo he dado

fervientes gracias al Dios misericordioso que me le depara humilde, para que pueda obligarle por los lazos de la gratitud, al amigo, al hermano, al ángel bueno de mi adorado hijo.

—¡Cuántas veces, añadió, temí, llevado de una extraña superstición, que al terminar sus estudios en los libros de su hijo de Vd., roto aquel milagroso encanto, volviera á ser tan arrebatado é indolente como antes! Pero ya nada temo; sé, estoy seguro que mi Rafael, gracias al benéfico influjo del suyo, será bueno, honrado y digno; que vivirá para alegrar mi vejez, para cerrar mis ojos y para darme nietos que perpetúen mi nombre y sus virtudes.

—¡Ah, terminó, sin poder contener sus sollozos, dicen Vds. que ofrezco mucho! ¿Qué es eso en comparación de la vida y la salvación de mi único, idolatrado hijo, que yo espero conseguir solo por la mediación del de Vds.? Mi fortuna, mis cuantiosas haciendas, mis títulos nobiliarios, mi vida, en fin, ofrecería á cambio de su influencia salvadora, y aún después de dado todo eso, suplicaría á ustedes de rodillas...

La agria voz del oficial que venía comprendiendo á Rafael, interrumpió esta conmovedora escena.

—¡Hijo mío, Rafael de mi alma! grito la madre ebria de gozo; ha sonado tu hora; no la olvides jamás: el bien del bien nace y al bien nos lleva: ha sonado la hora, y aquí tienes tu recompensa.

La inspiración del anciano Conde llegó á ser harto cierta y justificada. El hijo del tío Pepe fué siempre el ángel bueno y salvador del Condesito; él le

condujo por los senderos de la virtud, separándole siempre del despeñadero de vicios y pasiones, arrancándole en mas de una ocasion de su sima espantosa con peligro de su reputacion y su vida. Empero el cariño, la abnegacion y el constante y noble ejemplo de Bellaura, triunfaron antes de mucho de la viciosa y funesta propension que parecia ser legado de aquella ilustre y desdichada familia.

El anciano Conde murió satisfecho y feliz, bendiciendo á Dios y como él decia, á sus dos Rafaeles.

No fué menos dulce el fin de los amadísimos padres de Bellaura.

Este siguió la carrera de la diplomacia, donde mereció los puestos mas distinguidos, hasta conquistar una cartera para gobernar los destinos de su patria.

En las alturas del poder, donde la cabeza se llena de aire y se encallece el corazon, fué siempre afable, humilde y prudente como en el taller de su padre.

Léjos de avergonzarse de su oscuro origen, tenia á gala describir la honrada penuria y el grosero trabajo de los primeros años de su vida.

—Pues ¿cómo se las compuso, qué milagro hizo V. para seguir y terminar una carrera tan costosa? le preguntaban.

Dar de comer al hambriento, respondia modestamente, y Dios me devolvió ciento por uno.

AURORA LISTA.

NOTICIAS.

La mayor parte de los ediles de Nápoles han presentado la renuncia de sus cargos, fundada en la persecucion de que vienen siendo objeto la Iglesia cató-

lica en Italia. Solo en el desgraciado caso de una epidemia se prestarian á volver á ocupar sus puestos.

Los Obispos americanos trabajan con actividad para construir, conveniente mente dotada, una Universidad católica segun los acuerdos del Concilio de Baltimore. A cuyo efecto tiene recogidos dos millones de pesetas.

El Papa, segun se dice en Roma, ha adquirido el palacio de Muiganelli, á fin de instalar en él una casa editorial y una gran imprenta para la publicacion de obras religiosas.

Hace pocos dias se celebró en la iglesia parroquial de Pontevedra, la conmovedora ceremonia de recibir las saludables aguas del Bautismo una familia protestante; compuesta del matrimonio y tres hijos.

Las asociaciones obreras de Quito (Ecuador) han dado un brillante ejemplo de religiosidad, consagrándose solemnemente y públicamente al Sagrado Corazon de Jesús.

Segun se viene diciendo hace algunos dias parece ser un hecho que Roma tendrá un representante del Papa en el celesste Imperio; Portugal ha vuelto á reanudar las amistades católicas, relaciones que siempre habia tenido con Roma; Rusia se inclina á ser amiga del Papa, mientras que la España marcha en esto, como en todo á pasos..... acangrejados.